

LVII.

Bajando el Cilenéo, el aire corta,
 Que al calzado de pluma se estremece:
 La fatal vara suya en alto porta,
 Con que los cánsos ojos adormece,
 Con que saca de averno el alma absorta,
 Y á cuya vista el báratro obedece:
 Cubre el sombrero alígero el cabello,
 Y así llega á Melinde el númen bello.

LVIII.

Con él lleva á la fama, porque diga
 Del Lusitano el grande esfuerzo raro;
 Que nombre ilustre á cierto amor obliga,
 Y le hace, al que lo tiene, dulce y caro.
 De ese arte haciendo va la gente amiga
 Con el rumor altísimo y preclaro:
 Ya Melinde en deseos arde todo
 De ver del fuerte Luso el gesto y modo.

LIX.

De allí para Mombaza luego parte,
 Dó las naves estaban temerosas,
 A mandar á la gente que se aparte
 De la barra y las tierras sospechosas;
 Porque valen muy poco esfuerzo y arte
 Contra infernales fraudes engañosas;
 Y poco astucia, y brio, y altos vuelos,
 Si su aviso y favor no dan los cielos.

LX.

Del camino mitad la noche ha andado:
 Las estrellas con luz tienen ajena
 El mundo, desde el cielo, iluminado:
 La gente duerme tras de larga pena;
 Y el capitan ilustre, ya cansado
 De la vigilia, en la alta noche plena,
 Breve reposo á sus pupilas daba,
 Mientras la guardia á cuartos vigilaba.

LXI.

Mercurio en sueño aquí se le aparece,
 Diciéndole: «Huye, huye, Lusitano,
 Del riesgo que el perverso Rey te ofrece
 Con oculta celada y golpe insano:
 Huye, que el viento asaz te favorece:
 Tienes sereno al cielo y al Océano;
 Y Rey te espera amigo en otra parte,
 Donde puedas seguro repararte.

LXII.

»El hospedaje en esta prevenido
 Es el que Diomedes fiero daba
 Dó tenían por pasto conocido
 Sus caballos la gente que hospedaba:
 Es de Busiris el altar temido,
 Dó sus huéspedes tristes inmolaba:
 Eso hallarás aquí, si mucho esperas:
 Huye de gentes pérfidas y fieras.

LXIII.

»Ve lejos de la costa discurrendo,
Y hallarás otra tierra de verdades,
Casi junto de allí dó el sol ardiendo
Iguala sombra y luz en cantidades:
Allí tu flota afable recibiendo
Un rey, con bien seguras amistades,
Amparo te dará con alegría,
Y para el Indo cierto, y sabio guía.»

LXIV.

Dice, y del Dios se borra la figura
Al Capitan, que con muy grande espanto
Despierta y ve romper la sombra oscura
Una súbita luz y rayo santo;
Y la verdad del sueño viendo pura,
Y la ímpia tierra que amenaza tanto,
Con mente nueva, á su maestro ordena
Que las velas dé al punto al aura amena.

LXV.

«Da, da las velas (dice) al largo viento,
Que el tiempo es de favor y Dios lo manda;
Y un mensajero vi del claro asiento
Que en pro no más de nuestros pasos anda.»
En esto ya comienza el movimiento
De marineros de una y otra banda,
Que tiran de las áncoras, gritando,
Las rudas fuerzas útiles mostrando.

LXVI.

En esto que las anclas levantaban,
En la sombra los Mōros escondidos,
Las amarras, muy quedo, les cortaban,
Porque á las costas fueran sacudidos.
Mas con vista de lince vigilaban
Los Portugueses, siempre apercebidos;
Y aquellos que, en alerta, ya los vieron,
No remando, volando, se fugieron.

LXVII.

Ya las agudas proras apartando
Iban las moles húmedas de plata:
Soplándoles va el aire igual y blando,
Con ráfaga benigna, fresca y grata:
De los pasados riesgos van hablando;
Que la memoria dura y se aquilata
En los grandes peligros, dó se acierta
De la tumba á escapar que estaba abierta.

LXVIII.

Dado habia una vuelta el sol ardiente,
Y otra nueva empezaba, cuando miran
Dos naves, desde lejos, blandamente
Navegando á los vientos que respiran:
Que seria juzgaron Máura gente,
Pues las velas, al verlos cerca, viran.
Uno del mal pasar que recelaba,
Por salvarse, la costa bien tomaba.

LXIX.

No el otro que se queda es tan mañoso:
 Que cae en el poder del Lusitano,
 Sin el rigor de Marte pavoroso,
 Ni las horrendas furias de Vulcano;
 Que como débil era y temeroso,
 Aquel corto rebaño mauritano,
 Resistirse no quiso, conociendo
 Que peor lo pasara resistiendo.

LXX.

Y como tanto Gama desease
 Piloto para el Indo que buscaba,
 Pensó que de estos Moros le tomase:
 Mas no le sucedió como trataba,
 Que ninguno encontró que le enseñase
 A qué parte del cielo la India estaba;
 Si bien dícenle allí que no remoto,
 Melinde está, donde hallará piloto.

LXXI.

Loan del Rey los Moros las bondades,
 Condicion liberal, franca y sincera,
 Ímpetus compasivos y piedades,
 Y lo que por su grey se le venera.
 No duda el Capitan de estas verdades,
 Porque ya de esta suerte lo supiera
 Del Cilenéo, en sueño; así partieron,
 Donde el sueño y el Moro-les dijeron.

LXXII.

Era en el tiempo alegre, cuando entraba
 De Europa al robador la luz Febéa,
 Y el uno y otro cuerno le contaba,
 Y derramaba Flora el de Amaltéa.
 La memoria del dia renovaba
 El sol, que al cielo rápido rodea,
 En que el autor que todo lo dispuso,
 Á cuanto habia hecho el sello puso.

LXXIII.

Y llegaba la armada á aquella parte
 Dó el Reino de Melinde ya se via,
 De alegres toldos puesta de tal arte,
 Que bien muestra estimar el santo dia:
 Flota al viento bandera y estandarte
 Que purpúreo color lejos lucia:
 Suenan los atambores y panderos:
 Y así entraban alegres los guerreros.

LXXIV.

Llénase la ancha playa Melindana
 De los que van á ver la alegre flota,
 Gente mas verdadosa y más humana
 De cuanta atras dejaba en su derrota:
 Surge al frente la armada Lusitana;
 Con el ancla lanzada el mar azota;
 Y uno va de la nave antes cogida,
 Á prevenir al Rey de su venida.

LXXV.

«El Rey que la lealtad sabe de cierto
Que al Portugués espíritu engrandece,
Se complace de verlos en su puerto
Cuanto la gente altísima merece:
Y con la fe y el corazón abierto
Que ánimos generosos ennoblece,
Les suplica desciendan á su tierra,
Y que dispongan de cuanto ella encierra.

LXXVI.

Ofrecimientos eran verdaderos,
Y palabras sinceras, no amañadas,
Las del Rey á tan dignos caballeros,
Que tienen tantas aguas navegadas.
Y les manda laníferos carneros,
Y gallinas domésticas cebadas,
Y las frutas que entonces en tierra habia;
Y el modo aun á la dádiva escedia.

LXXVII.

Recibe el Capitan ledo y seguro
Al mensajero alegre y su recado;
Y manda luego al Rey otro, no oscuro,
Que traia de lejos preparado:
Purpurina color de fuego puro,
Y ramoso coral fino y preciado,
Que bajo de las aguas blando crece,
Y estando fuera de ellas se endurece.

LXXVIII.

Mándale uno ademas de habla elegante
Que paces con el Rey instituyera,
Y que, de no bajar en el instante
Á verle, sus disculpas le ofreciera.
Con tal misión el nuncio bien parlante,
En cuanto al Moro á presentarse fuera,
Con estilo, que Palas le enseñaba,
Estas palabras fácil pronunciaba:

LXXIX.

«Alto Rey, á quien fue del cielo puro
Por la justicia suma concedido
Refrenar al soberbio pueblo duro,
Del que eres tan amado cuan temido:
Como amparo muy fuerte y muy seguro,
Y del Oriente todo conocido,
Venímoste á buscar, para que hallemos
En tí el remedio cierto que queremos.

LXXX.

«Robadores no somos que, pasando
Por las flacas ciudades descuidadas,
La gente á fierro y fuego van matando,
Por robar sus haciendas codiciadas;
Sino que desde Europa navegando,
Vamos buscando tierras apartadas
Del Indo grande y rico, por decreto
De un Rey que tenemos de alto y gran respeto.

LXXXI.

»¡Qué raza hemos hallado ¡oh Dios! de gente
 ¡Que uso y costumbre de tan torpe laya,
 Que no el puerto nos vedan solamente,
 Sino hasta el suelo de desierta playa!
 ¿Qué daño de nosotros se presiente,
 Que de tan pocos á temerse vaya,
 Y en hundirnos se empeñen y perdernos,
 Con astucia robada á los infiernos?

LXXXII.

»Mas tú, de quien seguros confiamos
 En más recta verdad, ¡oh Rey benino!
 Tú, de quien el auxilio aquel buscamos
 Que el Ítaco estraviado hubo de Alcino:
 Á tu puerto tranquilos aportamos,
 Conducidos de intérprete divino;
 Que pues á tí nos manda, es bien seguro
 Que es sincera tu fe, tu afecto puro.

LXXXIII.

»Y no cures, Señor, de que no venga
 El nuestro Capitan esclarecido
 Á verte ó á servirte por que tenga
 Sospecha de que tu ánimo es fingido:
 Mas sabe que así lo hace por que obtenga
 Completa ejecucion lo prevenido
 Por su Rey, que le manda que, en su viaje,
 A ningun puerto de las náos baje.

LXXXIV.

»Y como á los vasallos es propicio
 Que gobierne los miembros la cabeza,
 No querrás, pues de Rey tienes oficio,
 Que faltemos del nuestro á la entereza.
 Mas al favor y al alto beneficio
 Que ora halla en tí promete con firmeza,
 Que en gratitud los Lusos no declinen,
 Mientras los rios á la mar caminen.»

LXXXV.

Así decia; y todos juntamente
 Unos con otros en corrillo hablando,
 Loaban el esfuerzo de la gente,
 Que tanto cielo y mar iba pasando;
 Y el Rey ilustre el ánimo obediente
 Del Luso, entre sí mismo, contemplando,
 Tenia por valor grande, y subido,
 El de Rey de tan lejos bien servido.

LXXXVI.

Y con vista risueña y franco pecho
 Así al embajador dice y anima:
 «Cual de vosotros yo nada sospecho,
 Que en vosotros ningun temor se imprima,
 Pues vuestras obras y valor derecho
 Os dan del mundo á merecer la estima;
 Y quien os cause daño y sufrimiento,
 Mal tener puede alzado pensamiento.

LXXXVII.

»De no á tierra venir toda la gente,
 Por no escederse de la real licencia,
 Si verdad es que mi amistad lo siente,
 Tengo en mucho, yo Rey, tanta obediencia;
 Y pues que vuestra ley no lo consiente,
 Tampoco quiero yo que la escelencia
 De pueblo tan leal caiga en desvío,
 Solo por complacer al gusto mio.

LXXXVIII.

»Así cuando la pura luz llégada
 Fuere al mundo, en mis leves almadías,
 A visitar iré la fuerte armada,
 Que tanto ver anhelo há tantos dias.
 Y si viene del mar muy maltratada,
 De adversos vientos, de penosas vias,
 Pilotos, municiones, armamentos,
 Aquí tendrá, con limpios pensamientos.»

LXXXIX.

Dice; y al mar en tanto descendía
 La gran rueda del sol, y el mensajero
 Con la embajada alegre ya venía
 Para la flota, en su batel ligero.
 Hínchese todo pecho de alegría,
 Porque tienen el medio ya postrero
 Para encontrar la tierra que buscaban;
 Y así ledos la noche festejaban.

XC.

No allí faltan los rayos de artificio,
 A trémulos cometas imitando:
 Las bombardas tambien hacen su oficio,
 Mares, tierras y cielos atronando.
 Del Cíclope se imita el ejercicio,
 En las bombas, que fuego están brotando:
 Otros con voces, con que el cielo herian,
 Instrumentos altísonos tañian.

XCI.

De tierra les responden bravamente
 Con volador cohete y con tronido:
 En giros corre el aire rueda ardiente:
 Truena el sulfúreo polvo comprimido;
 Sube la grita alegre de la gente;
 El mar se vé de fuegos encendido
 Y no menos la tierra; así en peléa
 Parece que uno á otro se festéa.

XCII.

Mas ya el dia entre rosas esparciendo,
 Invitaba las gentes al trabajo
 La madre de Memnón, la luz trayendo
 Que al dulce sueño humano pone atajo:
 Y vánse ya las perlas deshaciendo,
 Que al cáliz de la flor la noche atrajo,
 Cuando el Rey se embarcaba de Melinde,
 Por ver las naves á que el mar se rinde.

XCIII.

Víanse en rededor hervir las playas
 Con la gente que alegre se apareja:
 Brillan de fina púrpura las sayas:
 Lucen las tramas de sedil madeja:
 En vez de las guerreras azagayas,
 Y el arco, que los cuernos asemeja
 De Febe, ramos de la planta lucen
 Que al vencedor corona le producen.

XCIV.

Ancho batel y largo, que entoldado
 Viene de telas varias y colores,
 Tráe al Rey Melindano, acompañado
 De nobles de su reino y de señores:
 Viene de ricos paños adornado,
 Segun son la costumbre y los honores:
 Lleva en la frente venda guarnecida
 De oro, y de seda, y de algodón tejida.

XCV.

Un ropon de damasco ostenta fino,
 De color Tíria, entre ellos muy preciada:
 Y un collar cuelga al cuello, diamantino,
 Dó el arte á la materia vé humillada:
 Con resplandor reluce damasquino
 Rica daga, en el cinto, bien labrada:
 Y orla, y sandalia, y todo, con primores
 Cubren aljófár y oro en mil labores.

XCVI.

Con un redondo quitasol de seda,
 En escelsa y dorada asta ingerido,
 Un ministro al rigor del sol le veda
 Que el rostro ofenda al Rey esclarecido.
 Música trae á prora estraña y leda,
 De bronco son, aspérrimo al oído,
 De arqueadas trompas, que en redor tañendo
 Producen sin concierto un ruido horrendo

XCVII.

No con menos ornato el Lusitano,
 De la flota en los botes ya salia,
 A encontrar en el mar al Melindano,
 Con honrosa y brillante compañía.
 Viene Gama, en conjunto, al modo Hispano,
 Aunque es de Francia el traje que vestia,
 De satin de Venecia de hilos flojos,
 Del color carmesí grato á los ojos.

XCVIII.

Las mangas con boton de oro tomadas,
 Cuyo brillo ante el sol la vista ciega:
 Las calzas soldadescas pespunteadas
 Del metal que fortuna á tantos niega:
 Con puntas de lo mismo, muy labradas,
 Los golpes del jubon junta, y allega;
 Al Itálico modo espada fina,
 Y las terciadas pluma y berretina.

XCIX.

Mostraban los de su alta compañía,
 Aunque el traje en el modo es diferente,
 El color, que á la vista dá alegría,
 De la tinta del múrice esplendente;
 Y así el esmalte hermoso se veía
 De los trajes, mirados juntamente,
 Cual aparece el arco rutilante
 De la gallarda hija de Taumante.

C.

Sonorosas trompetas escitaban
 Los ánimos alegres, resonando:
 Los bateles del Moro el mar cuajaban,
 Sobrè el agua los toldos desplegando:
 Las bombardas horrísonas bramaban,
 Con las nubes del humo el sol tapando:
 Menudean del bronce los tronidos:
 Lleva el Moro la mano á los oídos.

CI.

No bien pisa el batel del negro agosto
 Gama, y ya aquel al corazon le estrecha:
 Y este, con el honor que á Rey es justo,
 La ocasion de atraérsele aprovecha:
 Mas, con admiracion y raro gusto,
 Gesto y actos del Luso el Moro acecha,
 Porque le inspira estimacion muy grande
 Quien hasta el Indo de tan lejos ande.

CII.

Y con nobles palabras le ofrecia
 Cuanto del reino suyo le cumpliese,
 Y que si provisiones no tenia,
 Como á cosa que es propia, le pidiese:
 Dícele que, por fama, ya sabia
 Del bravo Portugués, sin que le vieses;
 Y que decir oyó que en otra tierra
 Con gente de su raza tuvo guerra.

CIII.

«Y como toda el Africa pregona
 (El prosigue) los triunfos que adquirieron.
 Cuando en ella ganaron la corona
 De allá dó las Hespérides vivieron;»
 Y con muchos elogios alto abona
 Lo menor que los Lusos merecieron,
 Y lo más que por fama el Rey sabia;
 A lo que Vasco así le respondia:

CIV.

«¡ Oh tú, Rey, que piedad solo tuviste,
 Benigno con la gente Lusitana,
 Que entre tanta miseria y pena triste
 Va afrontando del mar la furia insana!
 Aquel divino Sér que eterno existe
 Y rige el cielo y la familia humana,
 Te pague, pues nosotros no podemos,
 Tanta merced como de tí obtenemos.

CV.

»Tú solo, tú, de cuantos quema Apolo,
 Nos recibes en paz, del mar profundo;
 En tí, del daño y del furor de Eólo,
 Refugio hallamos fácil y jocundo;
 Mientras reluzcan desde polo á polo
 Las estrellas, y el sol dé luz al mundo,
 Dó quier que viva yo, con fama y gloria,
 Vivirá tu alabanza en la memoria.»

CVI.

Diciendo así, los barcos van remando,
 A la flota, que el Moro ver desea:
 Las naves, una á una, van rodeando,
 Porque en todas lo note todo y vea.
 Vulcano hácia los cielos disparando,
 Desde el mar le festeja y bombardea;
 Y las canoras trompas le tañian,
 Y añafles del Moro respondian.

CVII.

Mas despues que ya todo lo ha observado,
 El generoso Rey, que se asombraba
 Oyendo el instrumento inusitado
 Que tamaño poder en sí mostraba,
 Manda que quieto yazca y ancorado
 El ligero batel que le llevaba,
 Por platicar con Gama con delicia,
 De cosas de que cuenta ya noticia.

CVIII.

En pláticas el Moro diferentes
 Se deleitaba, preguntando ahora
 Por las guerras famosas y escelentes
 Hechas al pueblo que el Koran adora:
 Ya le pregunta por las bravas gentes
 De la última Hesperia, donde mora:
 Ya por los fuertes pueblos, sus vecinos,
 Ya del mar por los húmidos caminos.

CIX.

«Mas antes, noble Capitan, nos traza
 (Le decia) puntual y diligente,
 El clima de tu tierra, y dó se emplaza
 La region que habitais, distintamente;
 Dínos la fuente de tu antigua raza,
 Y el monarca de reino tan potente,
 Con las guerras y causas de tenerlas
 Que cuánto valen sé, sin bien saberlas.

CX.

»Y los viajes nos cuenta, de horror llenos,
 En que tanto corraste mar airado,
 Viendo los usos bárbaros ajenos,
 Que nuestra África ruda ha procreado:
 Cuenta; que vienen ya con áureos frenos
 Los caballos que el carro tachonado
 Del nuevo sol por arrastrar batallan,
 Y duermen viento y mar, las ondas callan.

CXI.

»Y no menos al tiempo se parece
 Mi deseo de oír lo que contáres:
 ¿Que quién hay que de oír no se estremece
 Las Portuguesas obras singulares?
 No de nos tan lejano respaldece
 El claro sol, que á imaginar llegáres
 Que en Melinde tan ruda mente habemos,
 Que las grandes acciones no estimemos.»

CXII.

Embistieron soberbios los gigantes
 Con guerra desigual al cielo puro:
 Piritóo y Teseo, de ignorantes,
 A tentaron del Orco al reino oscuro:
 Si hechos hubo en el mundo tan sonantes,
 No menos es trabajo ilustre y duro
 Como fue el de embestir cielo y averno,
 El de arrojarse del mar el trance eterno.

CXIII.

Quemó el templo sagrado de Diana,
 Del hábil Tesifonio fabricado,
 Eróstrato, por ser de gente humana
 Conocido en el mundo y renombrado;
 Si pues por tales obras nos afana
 El deseo de un nombre aventajado,
 Más razon es que quiera eterna gloria
 Quien las hace tan dignas de memoria.

LOS LUSIADAS.

CANTO TERCERO.